



Jenaro Abasolo, el Americano

JOSÉ SANTOS HERCEG

IDEA / USACH, Santiago, Chile

Resumen

El presente texto se propone, en primer lugar, mostrar los elementos que componen el diagnóstico que hace Abasolo de los problemas y los peligros del continente, así como su propuesta concreta para superar dichos problemas y cumplir así con el sublime destino de América. En segundo lugar, el presente estudio busca mostrar la visión, la representación, la idea que el filósofo tiene de su continente.

Palabras clave: América Latina, juventud, conservadurismo, copia, emancipación, unidad latinoamericana.

Abstract

The purpose of this article is to exhibit the elements that compose Abasolo's diagnosis of the problems and risks for the American Continent, as well as his concrete proposal for the solution of these problems to realize the high Destiny of America. In second place, this article aims to exhibit Abasolo's view, representation and idea of America.

Key words: Latin America, juvenescence, conservatism, copy, emancipation, latinoamerican unity.

Jenaro Abasolo, el Americano

JOSÉ SANTOS HERCEG

¹ Abasolo, Jenaro, *La personalidad política y la América del porvenir*, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1907, p. 504).

² Cf.: Vitale, Luis, "Presentación N° 4 de la Revista de Ciencias Sociales e Histórica", ALAMEDAS, 1998, p. 5. Fuenzalida, Edmundo, "The Reception of "Scientific Sociology" in Chile", *Latin American Research Review* Vol. 18, No. 2 (1983), p. 95.

³ Szmulewicz, Efrain, *Diccionario de la Literatura Chilena*, Editorial Andrés Bello, Chile, XX, p. 2. Astorquiza (Edit.), *Bibliografía de la filosofía en Chile desde el siglo XVI hasta 1980*, Barcelona, Chile, 1982, p. 71.

¿Acaso la América predestinada no sería mas que esta miserable América de hoy, tan llena de mezquindades y de talla tan mediocre? No, ciertamente. El pedestal es grande y sublime, y la estatua es necesario que tenga talla de gigante. Y los modernos pueblos de América no son más que los obreros y los artistas que labran y cincelan en las canteras eternas del espíritu, la figura colosal del Nuevo Mundo.¹

¿Quién es este?! Esa es la reacción más habitual entre quienes escuchan el nombre de Jenaro Abasolo (o tal vez Abásolo) por primera vez. Ni para los expertos en historia de Chile, ni tampoco para los estudiosos del pensamiento chileno tanto de hoy como de ayer es un nombre conocido. De hecho, fuera de ser mencionado por allí en algún listado de intelectuales del siglo XIX,² y la existencia de un par de biografías breves,³ solamente he podido, hasta ahora, encontrar tres referencias expresas a su persona con algún desarrollo algo mayor, aunque, en realidad, se trata solo de dos. En primer lugar, en la obra de Inostroza *El ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900*

de 1969 y, en segundo lugar, en los libros de Escobar *La filosofía en Chile*, de 1976, y *El vuelo de los búhos. Actividad filosófica en Chile de 1810 a 2010* de 2008. Sobre Abasolo hay dos puntos en que ambos autores están en completo acuerdo: por un lado, en el terrible y lamentable desconocimiento de su obra y, por otro, en la potencia y calidad de este pensador. Al respecto dice Inostroza –quien dedica el capítulo más largo de su libro a ese autor– que “(...) las obras de este pensador no lograron la resonancia que él esperaba. La mayoría de sus escritos quedaron inéditos y, de los publicados, no se ha hecho un estudio que de a conocer sus interesantes ideas”.⁴ Escobar complementa señalando que: “De todo el siglo XIX, Abásolo se perfila como el filósofo chileno más cabal y sistemático, pero cuyas obras no fueron difundidas y aún permanece desconocido”.⁵ Desconocimiento y calidad son las notas que caracterizan el trabajo de Abasolo. Sin ir más lejos, en *Memoria Chilena* se presenta a este autor como “(...) el más importante filósofo chileno del siglo XIX”⁶ y como “(...) uno de los más originales filósofos chilenos”,⁷ pero como dice Flora Abasolo en su “Homenaje Filial”: “He aquí a un pensador de Sud-América cuya labor intelectual es completamente desconocida por haber quedado su parte más valiosa entre sus manuscritos inéditos (...)”.⁸

Su primer gran libro⁹ lo redactó mientras vivía en Europa y fue publicado en Bruselas en 1877, está escrito en francés y es conocido bajo el título de *La personnalité*.¹⁰ Allí el autor discute con toda la tradición europea comentando los pensamientos de Hegel, Kant, Leibniz, Spinoza, entre otros, mostrando ya su enorme bagaje filosófico. Respecto de ese conocimiento de la tradición, Flora Abasolo informa de dos manuscritos que redactara en la misma época. El primero de ellos se habría llamado “Estudios sobre filosofía alemana” y tenía tres partes: “Observaciones sobre la razón pura de Kant”, “Una ojeada sobre la destinación del hombre por Fichte” y “Sobre algunas ideas de Schelling acerca de la ciencia y la historia”. El otro trabajo inédito llevaría por título

⁴ Inostroza, *El ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900*, Editorial Andrés Bello, Santiago, 1969, p. 136.

⁵ Escobar, Roberto, *La filosofía en Chile*. Editorial Universidad Técnica del Estado, Santiago de Chile, 1976, p. 43.

⁶ http://www.memoriachilena.cl/temas/cronologia.asp?id_ut=iniciodesarrolloformadela filosofiaen Chile

⁷ <http://www.memoriachilena.cl/temas/dest.asp?id=iniciofilosofiafilosofiaillustrada>

⁸ Abasolo, Flora, “Homenaje Filial”, Introducción al libro póstumo de Abasolo *La personalidad política y la América del porvenir*, Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1907, p. V.

⁹ Antes solo ha publicado anónimamente dos textos breves que fueran inicialmente atribuidos a Francisco Bilbao: *Dos palabras sobre la América y su porvenir* (Imprenta chilena, Santiago, 1861) y *La Religión de un Americano* (Imprenta de la Unión Americana, Santiago, 1866).

¹⁰ Typographie Ve, Bruxelles, 1877.

“Observaciones sobre la lógica de Hegel”. Ambas obras están lamentablemente perdidas, pero, si es verdad lo que afirma su hija, estos textos “(...) representan la energía mental más poderosa del autor por su gran mérito científico y su fuerza de raciocinio (...) En el campo de la investigación filosófica y de los estudios sociales, es, sin duda, la labor más intensa del pensamiento actual en el continente y creemos ocupará un puesto honroso en las letras latinoamericanas”.¹¹ Al margen de lo exagerada que pueda parecer esta opinión, que lamentablemente es imposible cotejar, es un hecho que Abasolo llegó a conocer profunda y latamente el pensamiento europeo, especialmente el alemán, lo estudió y comentó sus temáticas rigurosamente. Con razón Escobar ha llegado a decir de *La personalidad* que es “Una obra del más perfecto estilo siglo XIX, que ofrece, en comparación a las obras chilenas contemporáneas, mucho mayor rigor filosófico (...)”.¹²

Su segundo libro fue redactado también durante su estadía en Europa, aunque no se publicó hasta después de su muerte. Este texto lleva por título *La personalidad política y la América del porvenir*.¹³ El escrito da cuenta, una vez más, de su profundo conocimiento del idealismo alemán y de una vinculación no disimulada con Edgar Quinet. En él, el autor hace gala de tremenda erudición y cultura, pero sobretodo es un texto de una gran fuerza expresiva, independiente e innovador. Está atravesado de ideas políticas, estéticas, económicas, sociales; propuestas sobre derecho, ciencias, educación y religión. Jenaro Abasolo parece no haber dejado asunto sin tocar en este escrito, tomando siempre una clara perspectiva desde y hacia América Latina.

Esta perspectiva tiene, sin duda, relación con su estadía en Europa donde solo recogerá decepciones. Ya a su llegada le escribe a su hermano quejándose del desencanto que experimentó a su llegada al Viejo Mundo, “(...) de ese gran fastidio causado por la sociedad de esos hombres cultos, pero iguales los unos a los otros”.¹⁴ Las notas de su diario, citadas por la misma Flora Abasolo, ponen aún más en evidencia esta decepción:

¹¹ Abasolo, Flora, op. cit., pp. XI-XII.

¹² Escobar, op. cit., p. 41.

¹³ Imprenta y Encuadernación Universitaria, Santiago, 1907.

¹⁴ Flora Abasolo, op. cit., p. IX.

“No hay –dice Abasolo– cárcel más horrible que la monotonía; por eso no hay prisión mas insoportable que la Europa. Las fisonomías, los edificios, los árboles, los animales, todo es la misma muralla horrorosa”¹⁵ y continúa más adelante: “No solo por la educación y por las ocupaciones sino por la costumbre de aglomerarse los unos sobre los otros, los europeos se han formado esa naturaleza sin diversidad que hace a un hombre igual al vecino y a todos los demás”.¹⁶

A esta negativa visión del Viejo Mundo se contraponen el optimismo frente a lo americano. Optimismo que no está exento, sin embargo, de realismo. Hay en Abasolo un diagnóstico claro y certero de los problemas que aquejan al continente. Ve con toda nitidez cuáles son los peligros que debe enfrentar en su presente. Agrega, por supuesto, una propuesta clara y concreta de los que deberían, según él, ser los caminos para superarlos y cumplir así con el sublime destino de América. Entre este diagnóstico del presente y estas estrategias para el futuro se cuela, como cabría esperar, una visión, una representación, una proyección, una idea que el filósofo tiene de su continente.

¹⁵ *Idem*.

¹⁶ *Idem* (fechado en Florencia, 1876).

¹⁷ Cf.: *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 504.

¹⁸ Cf.: *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 507.

¹⁹ Cf.: *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 508-510.

²⁰ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 507.

²¹ *Idem*.

I

La América de Abasolo es inestable, endeble, frágil; como un esbozo, un nacimiento reciente, una aparición aún borrosa, un boceto sin terminar. El americano es, antes que nada, un Pueblo Joven¹⁷ y, como tal, está atravesado por sombras,¹⁸ así como por errores y faltas.¹⁹ Sombras, pues América no vive en la admiración de un pasado esplendor, de obras realizadas, sino que vive atravesada por una “inquietud anhelante y poderosa”.²⁰ Una inquietud avivada por la admiración y el amor por otros pueblos y, a la vez, por “la potencia de la invención y la creación”.²¹ Como señala muy claramente Abasolo:

“En su alma hay sombras porque hay esplendores intensos y porque el espíritu explorador abarca o ama no solo lo que posee, sino lo que presiente o desea poseer”.²² América está lejos de ser como esos pueblos viejos que viven satisfechos en la contemplación de sí mismos, de lo logrado, de su pasado y sus hazañas históricas, que no ven más allá de sus narices, ni pueden apreciar la belleza y esplendor de los otros, guardando para ellos solo el desdén y “viviendo únicamente en egoístas complacencias”.²³ América es un Pueblo Joven y, en tanto que tal, está abierto a la admiración del otro, a la novedad, está atravesado por la inquietud, “(...) como un joven lleno aún de candor infantil”,²⁴ y aunque está plagada de dudas, de incertidumbres, posee la energía de lo nuevo, de lo naciente.

Las luces y, por supuesto, las sombras de un Pueblo Joven, engendran errores: “(...) sucede casi siempre que hay más errores en la forma de las ideas patentes a los hombres”.²⁵ La América, como todo pueblo joven, está lejos de los juicios eruditos, científicos y su certeza, está distanciada de la comprensión total y, por lo tanto, se encuentra expuesta a la equivocación. Equivocaciones que, para Abasolo, no tienen solo un sentido negativo, pues a raíz de ellas es que, a su juicio “(...) hay más grandeza en la concepción, más vigor en el colorido, más animación en las actitudes, más espíritu animando lo ideal y lo sensible (...)”.²⁶ Las equivocaciones son fuente de sabiduría, camino hacia la verdad, pues “(...) sin tocar en los errores no se puede tocar tampoco las cosas que relativamente a mucha fuerza y estatura son sublimes; vale más tener esos errores con tal de tener también esas cosas sublimes (...)”.²⁷ El rescate de este sentido positivo del error no significa para Abasolo abogar por una actitud pasiva frente a la equivocación: debemos atacarlos, nos dice, para acercarnos a cosas más sublimes, aunque estén mezcladas con nuevos errores. Todo Pueblo Joven, y la América no es una excepción, está plagado de sombras, está atravesado por errores y faltas que debe atesorar y redimir.

²² *Idem.*

²³ *Idem.*

²⁴ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 509.

²⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 508.

²⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 509.

²⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 510.

La primera gran sombra que oscurece a la América proviene de su origen: mancha de nacimiento, marca congénita. “La España era una arena ensangrentada por ocho siglos de batallas (...) el despotismo y la sangre (...) era la sed de batallas y de conquistas la que arrastraba al español a la pobre América del Sur”.²⁸ Herederos de una España ensangrentada, manchada por las batallas, las guerras, las conquistas. Los Americanos del sur somos “(...) Hijos de los expulsadores de judíos, de los erectores de hogueras y persecutores de herejes, de exterminadores de protestantes; hijos de los súbditos del absolutismo sanguinario, de los saqueadores de América, de los traidores del Perú, de los victimarios de Méjico, de los asoladores de Santo Domingo y de Cuba, hijos de tanta ignominia (...)”.²⁹ Mayor sombra sobre América no podría imaginarse: una herencia de violencia, de ejercicio indiscriminado de la fuerza: destrucción y muerte. América del Sur nace marcada, yagada más bien, por la vergüenza: vergüenza por unos padres expulsadores, explotadores, asesinos, conquistadores, persecutores, exterminadores, absolutistas y saqueadores. Sombra que es marca, que es una cicatriz difícil de borrar, quizás imposible de olvidar.

Cicatriz que nos recuerda siempre nuestro origen violento, doloroso, funesto. Cicatriz interna, que no desaparece ni con la Emancipación, pues, parafraseando a Martí: la colonia siguió viviendo en la República. En palabras de Abasolo: “(...) una vez emancipados, comprendimos que ese enemigo arrojado de la América en Ayacucho por las espadas heroicas de Sucre y de Córdova, ese enemigo de la luz y de la humanidad, quedaba aún arraigado en nuestros hábitos como un numen de desgracias e incorporado en nuestra sangre como un fermento venenoso. Y con nombre de odio y de venganza, de ignorancia y de superstición, de discordia y de ambiciones malsanas de todo género, ese enemigo trabajaba con nuestras propias manos para labrar nuestra ruina (...)”.³⁰ Una herencia que es condenación: desgracia genéticamente transmitida por nuestros

²⁸ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 429.

²⁹ *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 429-430.

³⁰ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 430.

padres españoles, que es parte del americano del sur, incorporada en su sangre, en su espíritu, en su ser más profundo. El enemigo está adentro y se encarna concretamente en odio, venganza, ignorancia, superstición, discordia y ambiciones malsanas. Un enemigo que desde adentro programa nuestra destrucción.

Múltiples formas adquiere este enemigo interno. El “conservadurismo” del que nos habla Abasolo, es una de ellas: “(...) nuestro grande enemigo, el genio del pasado, que, apoyándose en la tradición y la revelación, predica la inmovilidad, la nulidad y la poltronería como el bien supremo, y cuenta entre sus mayores triunfos los siniestros y los naufragios del pensamiento libre”.³¹ El pensamiento conservador es parte de nuestra herencia: esa actitud reaccionaria, momia, como se dice en Chile. El establecimiento del orden social existente como el orden “legítimo” más bien, una facticidad autolegitimadora: por el simple hecho de existir es legítimo. Es esa actitud conservadora que se pone en la disyuntiva excluyente del orden establecido, con sus evidentes problemas –que no se dejan de reconocer–, por un lado, y la destrucción social completa, el apocalipsis, por otro. No contempla ni puede contemplar la posibilidad de un orden social alternativo, la de otra manera de vivir como viable: todo cambio es sinónimo de desastre, de caos. El enemigo del espíritu conservador es la rebelión, el cambio, y la única realidad posible, verdaderamente viable, es la sociedad tal cual está: el mejor de los mundos posibles. Nuestro conservadurismo interno, heredado, se vuelve así nuestra amarra, nuestro yugo, el límite y la condena.

El miedo al cambio, ese espíritu de conservadurismo se articula con la admiración irrestricta, desproporcionada, a-crítica por lo foráneo, por lo extranjero –europeo o norteamericano–: otro de nuestros mayores enemigos internos que se concretiza por una enfermiza tendencia al plagio y la copia. “Todas sus palabras son paráfrasis de una ciencia y de una literatura exóticas, y todos sus actos están determinados por reglas y por

³¹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 470.

imitaciones”.³² Lo que se traduce, en términos de Abasolo, en “(...) echar sobre el Nuevo Mundo los fundamentos del antiguo y hacer sobre nuestros vírgenes valles y montañas un plagio colosal de las viejas obras de la humanidad (...)”.³³ Actitud que ya Hegel había visto cuando señala respecto de América, al iniciar su “Introducción especial” a las *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, que “lo que aquí acontece no es hasta ahora más que el eco del viejo mundo y el *reflejo* de ajena vida”.³⁴ Imitación, copia, plagio, remedo, etc. Gesto repetido una y otra vez por los americanos que Abasolo constata nítidamente: “Nuestros pensadores se extravían parafraseando a los políticos y filósofos europeos, sin elevarse a ideas originales, a la concepción de sistemas propios”.³⁵ El tremendo peligro que ello implica no deja de estar a la vista, pues “Pensar y creer bajo el dictamen de los europeos es abdicar nuestro destino (...)”;³⁶ es “ponernos a merced de futuros dominadores”,³⁷ en tanto que “(...) la enseñanza secular nos dice que las naciones plagiarias están condenadas a desaparecer (...)”.³⁸

En esa abdicación radica, a juicio de Abasolo, una tercera manifestación de nuestro enemigo interno, pues situados en una coyuntura histórica sorprendente para la época, los americanos, sin embargo, se olvidan de sí mismos: se dejan de lado, renuncian a su destino. “Jamás, en efecto, se había visto en el mundo un momento más solemne que el nuestro en la marcha del género humano. En posesión del mas bello de los continentes que nos mira mudo y respetuoso, esperando nuestra voluntad; en presencia de la más bella y sorprendente de las misiones históricas, nuestra raza parece ignorarse a sí misma y abdicar su destino providencial”.³⁹ Un olvido de sí, una abdicación a nuestro destino que mezclado con la admiración irracional hacia lo extranjero debía traducirse en la tendencia de los americanos a traer europeos para que pueblen su tierra. Esa desesperación por importar inmigrantes a millones, tan en boga en los tiempos de Abasolo, cuyos peligros nuestro autor no duda en mostrar: “(...) una inmigración copiosa dominaría nuestro

³² *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 11-12.

³³ *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 434-5.

³⁴ Hegel, G.W.F., *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*, Suhrkamp, Frankfurt am Mein, 1995, p. 114. (*Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, trad. de José Gaos, Alianza Universidad, Madrid 1989, p. 177).

³⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 568.

³⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 566.

³⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 12.

³⁸ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 435.

³⁹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 471 “Y entonces, esta América, ¿por qué se olvida de su destino providencial y de misión?” (9), “Por qué la América reniega de su misión providencial” (11).

genio naciente”;⁴⁰ “Antes de recibir una abundante inmigración, sin graves perjuicios, tenemos que robustecer, que modelar vigorosamente nuestro genio americano, que de otro modo se adulteraría y se perdería, haciendo que la América no fuese mas que una gran provincia de Europa, sin consistencia y sin personalidad nacionales”.⁴¹

Dos errores: uno de momento, otro de modo. No es el tiempo aún para traer inmigrantes, y tampoco es correcta la manera en que se está haciendo: se traen a América solo “mercaderes” que lo único que pretenden es enriquecerse. “Acaso no es sabido –dice Abasolo– que esas masas de mercaderes extranjeros que llegan a América (cuando no son canalla peligrosa) vienen a engrosar las filas de los partidos conservadores y que solo piden ese orden externo que a menudo puede hermanarse con la indolencia pública, con el servilismo, a fin de llenar con toda seguridad sus maletas de oro y sus buques de mercaderías?”.⁴² Abasolo desdeña el aumento de la productividad, las mejoras económicas, como argumento justificatorio de la inmigración masiva, pues, señala, “¿Qué nos importa que esas individualidades exóticas vengan a incrementar las cifras de la producción material? ¿Acaso el hombre vive de cifras? (...) ¿Acaso no vale más un puñado de hombres de corazón que muchos millones de canallas?”.⁴³

La única manera de que una inmigración funcione es, según nuestro autor, que no se la facilite: debe ser difícil inmigrar, debe implicar riesgos y dolores, debe ser elegida libremente. Los americanos, atentando contra sí mismos, abren las puertas de par en par al extranjero que solo viene a “hacerse la América”: les entregan en bandeja sus tierras, sus riquezas, sus sueños. Pese a ello no es, la de Abasolo, una posición anti-inmigración. Es solo que ve los peligros de no controlarla, de incentivarla a-criticamente, reconociendo sus virtudes cuando se da libremente. “¿Acaso no sabemos que las mejores virtudes de la inmigración se pierden por el solo hecho de facilitarla demasiado, quitándole así el carácter de libre y enérgica elección que distingue a las emigraciones espontáneas?”.⁴⁴

⁴⁰ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 433.

⁴¹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 451, Cf.: 444-5.

⁴² *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 451.

⁴³ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 538.

⁴⁴ *Idem*.

Al final, el enemigo plantado en el corazón de los americanos se transforma, al decir de Abasolo, en una marca de raza. En la raza americana misma, heredera de la española, es donde radica el problema. Raza que tiende, justamente por su herencia, a la desunión. “Según hemos dicho, lo que hará mas difícil el triunfo de las buenas ideas en América es esa tendencia de raza, en virtud de la cual los hombres superiores tienen cada vez mas a separarse y oponerse a medida que se desarrollan y se acentúan caracteres (...)”.⁴⁵ En esta propensión racial a la diáspora, a la divergencia, a la desunión, ve Abasolo otro enemigo interno. “Es un fenómeno raro el que presenta nuestra América bajo el aspecto de su vida internacional. Todos los americanos sabemos que las Repúblicas de este continente están providencialmente llamadas, si no a formar una confederación, al menos a unirse cada vez mas en el mismo espíritu político y el mismo patriotismo; y sin embargo, muy poco o nada se hace por acercarse a ese fin”.⁴⁶ La realidad es la desunión: “(...) no somos sino unos cuantos Estados desunidos y débiles contra todo el mundo”.⁴⁷ El peligro, sin embargo, no es solo la desunión, sino que Abasolo advierte además de lo riesgoso que sería intentar una unidad por la vía de la homogenización de pueblos que transitan cada vez más hacia la diferencia. “No es uniformando los códigos como se une a los pueblos; y a veces esa uniformidad se hace causa de tirantez y de malestar, vecinos de la enemistad y el odio”.⁴⁸

Sintetizando, el mismo Abasolo es quien se pregunta expresamente: “¿Qué es lo que puede perdemos?” y se responde sin dudarle: “Es el culto al error. Es la veneración de la Europa y de las tendencias europeas. Es la falta de originalidad nacional. Es la ignoración de nuestro destino. Es la relajación política y social (...). Son las guerras civiles y son las guerras entre sí de los pueblos americanos, por cuanto ellas perpetúan los odios y nos separan debilitándonos”.⁴⁹ Debilitamiento que nos pone frente a una amenaza que Abasolo también ve con nitidez y que, esta vez, proviene de fuera: América está

⁴⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 501.

⁴⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 475.

⁴⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 527.

⁴⁸ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 476.

⁴⁹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 525.

siendo amedrentada por Europa y por Estados Unidos. Europa está, a su juicio, al acecho y tendríamos que estar muy atentos: “(...) el temor de una invasión europea debiera preocuparnos seriamente. (...)”.⁵⁰ La de Abasolo no es una simple predicción, es la constatación de un peligro inminente: “(...) se verá entonces como una evidencia, eso que solo parece hoy una posibilidad remota: el peligro inminente en que se halla nuestra débil América, en presencia de la naciones europeas”.⁵¹

En un sentido análogo y con una sorprendente agudeza, Abasolo ve, cuando pocos logran hacerlo, el peligro que implican los Estados Unidos para la América del Sur. Sin dejar de constatar la importancia de esta potencia para la protección de la América, nuestro autor intuye un riesgo: “(...) cuando pensamos en la absorción de Tejas y de California, se ocurre muy lógicamente que el guardián de nuestra casa puede otra vez convertirse en lobo rapaz, y tragarse primero Méjico y después la América del Centro, hasta Panamá”.⁵² Los intereses expansionistas norteamericanos comenzaban a expresarse recién y Abasolo enciende una alarma: “(...) el viento del Norte arroja hacia el Mediodía las impetuosas ondas boreales que crecen y machan sin cesar, amenazando invadir cuanto encuentren a su paso”.⁵³

⁵⁰ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 482.

⁵¹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 524, Cf.: 522 s.

⁵² *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 521.

⁵³ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 528.

⁵⁴ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 472.

II

La América de Abasolo es, decíamos, como un esbozo, un nacimiento reciente, una aparición aún borrosa, un boceto sin terminar. “Nuestra América no existe todavía y es necesario principiar a formarla”.⁵⁴ Hay que construirla, armarla, crearla: esa es la más grande de las tareas que se pueda imaginar. “Hacer un pueblo: eso es divino realmente. Crear las naciones futuras con el soplo de nuestra palabra, las naciones heroicas, dignas

de esta tierra de prodigalidades y de belleza, ¿qué misión más grande?”.⁵⁵ Está todo ya en ella, en ciernes, en potencia: es posibilidad de grandeza, promesa de magnanimidad. “Todo lo grande o lo mísero del porvenir vive hoy latente en nosotros, y nada habrá en los siglos venideros que no lleve el sello de nuestras voluntades de hoy”.⁵⁶ Somos responsables de su creación: lo que soñemos hoy vivirá mañana o, dicho al revés, lo de mañana será la encarnación de nuestros sueños de hoy. El llamado de Abasolo es a inventar, a imaginar esa América futura que “(...) vive y se cría en nuestra mente”.⁵⁷ El nuevo mundo es nuevo en tanto que “(...) lleno de promesa de renovación y grandeza”,⁵⁸ en tanto que es un “(...) mundo en viaje para otro mundo (...)”.⁵⁹

El futuro, el porvenir de nuestra América no se forja solo de sueños, de bienaventuranzas. Se requiere, lo señala enfáticamente Abasolo citando a Bilbao, de heroísmo y trabajo.⁶⁰ La razón es simple: no hay causalidad necesaria en la historia. Es el hombre, su fuerza, su voluntad la que hará posible que las promesas se cumplan, que los destinos se alcancen, que los fines se logren: “(...) los antecedentes sociales no son gérmenes que han de desarrollarse de modo necesario; es la conciencia la que les da su verdadera significación, y la voluntad los pone al servicio de los fines que mejor le parece”.⁶¹ El camino es largo y arduo, pero la promesa enorme: “(...) aquí será descifrado el enigma del mundo y roto el último de los sellos del destino humano”.⁶² La estrategia ya la esboza el mismo Abasolo: “desespañolización”, emancipación mental, educación, unificación, y desarrollo de un temperamento político americano.

El término “desespañolización” es, informa el mismo Abasolo, utilizado por Bilbao, e implica una superación de nosotros mismos, un dejarnos atrás, renunciar a lo que somos, cambiar de piel. “Tenemos que despojarnos de ese espíritu antiguo para llenarnos con el espíritu nuevo, que es lo que hay de bello y de inmortal en los siglos, desde Atenas hasta Boston. Huérfanos, la Historia nos acoge y nos ofrece una nueva

⁵⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 537.

⁵⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 536.

⁵⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 537.

⁵⁸ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 427.

⁵⁹ *Idem*.

⁶⁰ Cf. *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 434.

⁶¹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 434.

⁶² *Idem*.

patria henchida de bellezas infinitas (...) No somos españoles, somos los hijos de la humanidad”.⁶³ Habrá que dejar atrás esa herencia, esa sombra de lo español que nos ata, que nos amarra y nos deja pegados en el pasado, con su carga de violencia y de sangre, de conservadurismo e inmovilidad. Renunciar, eliminar, enterrar esa parte de lo que somos, dejarla en el pasado, cortar las ataduras. De lo que se trata es de volvernos huérfanos, como dice Abasolo, eliminar al padre, olvidar a la madre. Solo así se podrá liberar el espíritu americano.

La liberación no es, sin embargo, solo respecto de España, sino que de toda Europa. La dependencia es abdicación para Abasolo, es renuncia de lo que podríamos ser, de nuestro destino como pueblo. “Ninguna Iglesia, ninguna Academia, ningún hombre del Viejo Mundo puede ejercer sobre América ese alto ministerio de iniciarla en una creencia, o de someterla a un dogma (...)”.⁶⁴ La dependencia es la muerte de un pueblo, es la pérdida de sentido y finalidad: “Ante todo, los americanos seamos americanos, porque si somos una simple expansión de la Europa, ¿qué razón de ser tenemos en el mundo, qué motivo ni qué móvil tendremos para defender nuestra independencia, qué misión tendremos en la historia, qué deber de realizar en la vida, qué idea que revela la humanidad?”.⁶⁵

A la autonomía llama nuestro autor, autonomía que no implica negación irrestricta y ciega de todo lo que viene del viejo mundo. La propuesta es “asimilar”: “(...) si es justo que nos asimilemos las enseñanzas de Europa, esa asimilación debe ser activa y selectiva, creadora y varonil, a fin de hacer esas enseñanzas adecuadas a nuestro genio nacional y a nuestra misión en el mundo”.⁶⁶ Asimilación activa, selectiva, creadora y varonil. Nada más lejos de una mera y simple recepción; el americano debe intervenir, elegir, co-producir, alterar, modificar, adaptar aquello que decide traer de fuera o permite ingresar al continente. En una palabra, independencia en el asimilar: “(...) bueno será que nosotros nos propongamos salvar la integridad de nuestro genio nacional y

⁶³ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 431.

⁶⁴ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 566.

⁶⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 11.

⁶⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 566.

la alta responsabilidad de nuestro pensamiento, no aceptando pontificados ni supremacías extranjeras, y viviendo únicamente de una enérgica y juiciosa asimilación del pensamiento universal”.⁶⁷

A la expresión de nuestra “originalidad” es a lo que invita Abasolo, pues “Al paso que hacernos originales es crearnos la necesidad de conservarnos independientes”.⁶⁸ Abasolo le declara la guerra a toda uniformación, homogenización, pues allí se juega el respeto por uno mismo. “Diferenciarse y respetarse, crear originalidades individuales y consagrarlas (...)”.⁶⁹ Para lograr este objetivo ve una vía especialmente significativa: la educación. La educación será para nuestro autor una clave absolutamente central, pues, como dice, “(...) si hacemos que los espíritus dispuestos a la grandeza se encarrilen decididamente en el bien con auxilio de una vigorosa educación, el porvenir será nuestro”.⁷⁰ Inspirado fundamentalmente por Schelling hace suyas sus palabras cuando dice: “aprende solo para producir tú mismo”.⁷¹ Abasolo llega a proponer una reforma completa de la universidad americana y para establecer cómo debería ser ésta, elige el camino de examinar “(...) cómo se han formado a sí mismos los grandes hombres”.⁷² A partir de allí busca extraer datos para establecer un “plan de estudios” y un “reglamento”. Lo central de la propuesta es –prefigurando algunas de las ideas que Paulo Freire defenderá un siglo después– la superación de la pasividad en el aprendizaje. “En las Universidades, tales como hoy existen, ha aprendido a recibir el saber pasivamente; pero en esas Universidades venideras debe aprender por sí mismo, habituar el espíritu a producir todo lo que pueda (...)”.⁷³ No más alumnos sentados absorbiendo “bancariamente” información transmitida para luego devolverla al pie de la letra.

Alumnos y profesores debe interactuar en el proceso educativo, trabajando juntos, alimentándose mutuamente, al punto de que esta relación trascienda lo meramente formal, transitando hacia la incorporación de elementos personales, individuales. “El

⁶⁷ *Idem.*

⁶⁸ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 12.

⁶⁹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 11.

⁷⁰ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 446.

⁷¹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 465.

⁷² *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 466.

⁷³ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 469.

ideal de la enseñanza debe ser este: dado el genio y la índole personal de cada alumno, hallar la forma más acabada y energética; y con ese mismo fin convendría que los alumnos eligiesen a sus profesores”.⁷⁴ No cualquier profesor para cualquier alumno ni cualquier alumno para cualquier profesor. Aplicar el mismo método a todos los educandos es una uniformidad perjudicial en el proceso educativo, pues el objetivo final de la educación para Abasolo es provocar en los educandos la autonomía del pensamiento, la creación original. Para alcanzar esta finalidad es indispensable respetar las características propias de cada educando. Dicho respeto está enlazado con la necesidad de que la educación deba ser “situada”; deba tener en cuenta que no se trata de una educación cualquiera, sino de una que es americana y para americanos. Esto se traduce, por supuesto en contenidos americanos, en perspectivas americanas.

El fin último que esta enseñanza debe tener en vista es: 1. La producción de la personalidad intelectual americana por medio de la creación de una escuela científica que sea propia de nuestra América, a fin de que haya una ciencia americana como hay una ciencia europea (...); 2. El conocimiento profundo de lo que deben ser la sociabilidad y la política americanas; 3. La erección de hombres capaces de abrigar en su seno del alma del Nuevo Mundo y sentirla germinar en sus entrañas como la suya propia (...).⁷⁵

Esta educación está destinada a formar los líderes americanos, a aquellos que estarán llamados a la creación, a la formación de la América del porvenir. Sobre sus hombros recaerá la responsabilidad práctica y directa de formar el Nuevo Mundo, de fijar los contornos de la América del porvenir. “Tales deben ser los caudillos de la regeneración americana. Una vez educados así, deben lanzarse al campo de la acción y del proselitismo (...)”.⁷⁶ Hasta entonces, según Abasolo, los estudiantes salen de las universidades solo para constatar que no saben nada y que tienen que volver a aprender todo. En adelante, la universidad los ha de preparar para enfrentar el mundo.

⁷⁴ *Idem.*

⁷⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 470-471.

⁷⁶ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 470.

⁷⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 514.

⁷⁸ Francisco de Miranda fue quien parece haber propuesto, por primera vez, la idea de un “Continente colombiano”.

⁷⁹ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 476.

⁸⁰ Roig, Arturo Andrés, “Los ideales bolivarianos y la propuesta de una Universidad latinoamericana continental”. *Fuentes de la Cultura Latinoamericana I*, L. Zea (Edit.), FCE, México, 1995, p. 69.

⁸¹ Francisco Bilbao, con admirable agudeza, propone que la unificación “No [sea] sólo una alianza para asegurar el nacimiento de la independencia contra las tentativas de la Europa, ni únicamente en vista de intereses comerciales” (Bilbao, Francisco, “Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas”. *Fuentes de la Cultura Latinoamericana I*, L. Zea (Edit.), FCE, México, 1995, p. 53).

⁸² Refiriéndose al fracaso del Congreso de Plenipotenciarios de 1826 Juan Bautista Alberdi ha visto agudamente que “se disolvió sin dejar resultados, porque el gran resultado que debía nacer de él, se obró espontáneamente” en tanto que el mal que buscaba remediar “se había retirado por sí solo”. Los españoles habían sido expulsados definitivamente del continente. (Alberdi, Juan Bautista, “Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano”. *Fuentes de la Cultura Latinoamericana II*, L. Zea (Edit.), FCE, México, 1995: 47-8).

⁸³ *La personalidad política y la América del porvenir*, pp. 481-2.

Una vez en el mundo real, allí donde, como se dice en chileno, “las papas queman”, los americanos deberán enfrentarse a nuevos desafíos, esta vez de orden político. Uno de estos grandes desafíos será lograr la unión de los pueblos americanos. Abasolo ve en la unión una potencia extraordinaria. Señala con gran entusiasmo y vehemencia que “(...) la unión es una fuerza más grande y poderosa que todo; un pueblo que se une para proclamar la justicia y la fraternidad es como la omnipotencia misma en el acto solemne de la creación, y ante esa potencia divina tendrían que doblegarse todos esos poderes de pura conveniencia, todas esas fuerzas facticias de la opinión extraviada y egoísta”.⁷⁷

La posibilidad y necesidad de esta unión ya circula por el continente y es propugnada por destacados sujetos.⁷⁸ “Hay en todas nuestras repúblicas hombres de un gran mérito en quienes vive y se agita el sentimiento de esta patria común (...)”.⁷⁹ Las dificultades, sin embargo, no se hacen esperar y Abasolo ve muy nitidamente que, como señala A. A. Roig, las tendencias unificadoras han tenido como fundamento habitual “(...) la conciencia de los peligros a los que se ha encontrado sometida América Latina por parte de los imperalismos”,⁸⁰ la defensa común ante un enemigo compartido –primero contra los conquistadores españoles, luego contra las invasiones norteamericanas y francesas– ha sido la motivación constante de los intentos de acercamiento. Razones político-económicas constituirían el impulso más fuerte hacia la unidad. Un frío “análisis costo-beneficio” es, sin embargo, un débil fundamento para una unidad perdurable:⁸¹ superado el *impasse*, desaparecida la necesidad y el beneficio directo, la tendencia más fuerte es a la disolución.⁸²

Abasolo lo tenía claro: “El sentimiento de la propia conservación, la necesidad de prepararnos contra las eventualidades misteriosas que se ciernen sobre la humanidad, podrán ser móviles que nos induzcan a desear esa unión y aun a tratar de hacerla; pero, por sí solo, eso sería insuficiente para unirnos, si no nos elevamos a una concepción más original de nuestro destino (...)”.⁸³ La unidad que aspira a permanecer requiere de un

fundamento estable; no puede ser decretada simplemente a la luz de una razón pragmática, de una conveniencia coyuntural y, por lo tanto, efímera. Abasolo exige, para que dicha verdadera unidad se dé, el nacimiento de un “espíritu público latinoamericano”. “¿Qué se necesita? El espíritu público. Sin él la unión solo será contingente, durará mientras un gran peligro común amenaza, o mientras la voluntad de cierto número de mandatarios no cambie”.⁸⁴

Abasolo se detiene a detallar las “provechosas consecuencias” que deben esperarse del surgimiento de estos sentimientos comunes, de ese nuevo patriotismo americano. En primer lugar señala que “(...) vendría a ser para América como un alma naciente que viniera a animarla, haciendo de sus dispersos fragmentos el incipiente organismo de una nueva personalidad histórica”.⁸⁵ En segundo lugar, habla de que “(...) vendría a ser para nosotros la fuente de una nueva vida estética, vasto sentimiento, noble esperanza, sueños puros de grandeza y el presentimiento de la misión que nos está reservada”.⁸⁶ Menciona también ventajas más “positivas y más tangibles” como las llama, a saber, el peso que tendría este espíritu, en tanto que opinión pública, sobre los gobiernos americanos, así como también “otros medios de vigilancia y disciplina que esta unidad de espíritu público pudiera traer consigo”.⁸⁷ Alude, finalmente, aunque solo tangencialmente, a otros beneficios prácticos: desarrollo del comercio por ejemplo, pero considera que estos están subordinados a lo primero.

⁸⁴ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 447.

⁸⁵ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 477.

⁸⁶ *Idem*.

⁸⁷ *La personalidad política y la América del porvenir*, p. 478.

III

Como se ha mostrado, en Abasolo se puede encontrar un nítido diagnóstico de los problemas que aquejan al continente. Ve con toda claridad cuáles son sus sombras, errores,

faltas y los peligros que debe enfrentar en su presente. La América de Abasolo se define, antes que todo, por ser un Pueblo Joven. En tanto que tal es inestable, endeble, frágil; como un esbozo, un nacimiento reciente, una aparición aún borrosa, un boceto sin terminar. Hay ciertos rasgos que caracterizan a todo Pueblo Joven. La inquietud, la ausencia de pasado, la admiración por lo europeo, por lo novedoso, son algunas de ellas. Lo central, sin embargo, es que un pueblo joven, que aún no tiene comprensión total, se encuentra expuesto al error y a la equivocación. De allí que se ciernen sobre él ciertas “sombras”. La primera gran sombra proviene de su origen: mancha de nacimiento, marca congénita. Cicatriz que nos recuerda siempre nuestro origen violento, doloroso, funesto. Cicatriz interna, que no desaparece ni con la Emancipación.

Dado que es congénito, el enemigo no está afuera, sino adentro y se encarna concretamente en odio, venganza, ignorancia, superstición, discordia y ambiciones malas. Un enemigo interno que adquiere diferentes formas. El “conservadurismo” del que nos habla Abasolo, es una de ellas. El miedo al cambio se articula con la admiración irrestricta, desproporcionada, a-crítica por lo foráneo, por lo extranjero –europeo o norteamericano– y se concretiza en una enfermiza tendencia al plagio y la copia. Una abdicación radical de buscar lo original que es sinónimo de un olvido de sí mismos: se dejan de lado, renuncian a su destino. Un olvido de sí, una abdicación a nuestro destino que mezclado con la admiración desproporcionada hacia lo extranjero debía traducirse en la tendencia de los americanos a traer europeos para que pueblen su tierra. La importación de gente, de inmigrantes, tan de moda en los tiempos de Abasolo, constituye un peligro que nuestro autor no demora en mostrar. La tendencia a la desunión, la propensión racial a la diáspora, a la divergencia, es para Abasolo un último y formidable enemigo interno.

En tanto que Pueblo Nuevo, en América está todo por hacerse. Además de errores y amenazas, esta situación es pura oportunidad. América está por ser construida,

armada, debe ser creada: esa es, para Abasolo, la más grande de las tareas que se pueda imaginar. El porvenir de América no se forja, sin embargo, solo de sueños, sino que requiere de voluntad y trabajo. Es el hombre, su voluntad la que hará posible que las promesas se cumplan, que los destinos se alcancen, que los fines se logren, porque no hay causalidad en la historia. La estrategia diseñada por el autor parte por la “desespañolización”, la emancipación mental, la educación, la unificación, y desarrollo de un temperamento político americano.

La “desespañolización” implica superarnos a nosotros mismos, renunciar a lo que somos, dejar atrás la herencia española que nos deja atados en el pasado, con su carga de violencia y de sangre, de conservadurismo e inmovilidad. La liberación no lo es, sin embargo, solo de España, sino que de toda Europa. Habrá que superar todo tipo de dependencia, pues dependencia es abdicación para Abasolo, es renuncia de lo que podríamos ser, de nuestro destino como pueblo, es la muerte de un pueblo, es la pérdida de sentido y finalidad. A la autonomía llama nuestro autor, autonomía que no implica, sin embargo, negación irrestricta y ciega de todo lo que viene del viejo mundo: la propuesta es “asimilar”.

Abasolo invita a expresar nuestra “originalidad”, y para lograr este objetivo el camino es la educación. Una educación emancipadora, integradora, respetuosa, suscitadora. La educación será para nuestro autor una clave absolutamente central en la construcción de América. De una América que debe unificarse. Una unidad que si aspira a permanecer requiere de un fundamento estable. No puede ser simplemente decretada por razones pragmáticas, de una conveniencia coyuntural y, por lo tanto, efímera. Abasolo exige, para que dicha verdadera unidad se de, el nacimiento de un “espíritu público latinoamericano”.

Entre este diagnóstico del presente y las estrategias para el futuro se va dibujando, como cabría esperar, una visión, una representación, una proyección, una idea y un

ideal que el filósofo tiene de su continente. América como Pueblo Joven, amenazado por su pasado y su presente, pero abierto a su futuro en tanto posible cumplimiento de un destino brillante.

Bibliografía

- Abasolo, Jenaro, *Dos palabras sobre la América y su porvenir*. Santiago, Imprenta Chilena, 1861.
- *La Religión de un Americano*. Santiago, Imprenta de la Unión Americana, 1866.
- *La pesonalité*. Bruxelles, Typographie Ve, 1877.
- *La personalidad política y la América del porvenir*. Santiago, Imprenta y Encuadernación Universitaria, 1907.
- Alberdi, Juan Bautista, “Memoria sobre la conveniencia y objeto de un Congreso General Americano”. Zea, L. (Edit), *Fuentes de la Cultura Latinoamericana II*, México, FCE, 1995.
- Astorquiza (Edit.), *Bibliografía de la filosofía en Chile desde el siglo XVI hasta 1980*. Chile, Barcelona, 1982.
- Bilbao, Franciso, “Iniciativa de la América. Idea de un congreso federal de las repúblicas”. Zea, L. (Edit), *Fuentes de la Cultura Latinoamericana I*, México, FCE, 1995.
- Escobar, Roberto, *La filosofía en Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universidad Técnica del Estado, 1976.
- *El vuelo de los búhos. Actividad filosófica en Chile de 1810 a 2010*. Santiago de Chile, RIL, 2008.
- Figueroa, Pedro Pablo, *Diccionario Biográfico de Chile*. Santiago de Chile, Imprenta y Encuadernación Barcelona, Cuarta Edición, Tomo I, 1897. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/archivos2/pdfs/MC0003465.pdf>
- Fuenzalida, Edmundo, “The reception of “scientific sociology” in Chile”. *Latin American Research Review*, Vol. 18, No. 2, 1983, pp. 95-112. En: <http://www.scribd.com/doc/259219/The-Reception-of-Scientific-Sociology-in-Chile>
- Hegel, G.W.F., *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte*. Frankfurt am Mein, Suhrkamp, 1995. (*Lecciones sobre filosofía de la historia universal*. Traducción de José Gaos, Madrid, Alianza Universidad, 1989).
- Inostroza, *El ensayo en Chile desde la Colonia hasta 1900*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1969.

Jobet, Julio César, "Notas Sobre Francisco Bilbao y Jenaro Abasolo". *Occidente*, N° 94, Santiago, 1953.

——— *Precursores del pensamiento social de Chile*. Chile, Editorial Universitaria, 1955.

Roig, Arturo Andrés, "Los ideales bolivarianos y la propuesta de una Universidad latinoamericana continental". Zea, L. (Edit), *Fuentes de la Cultura Latinoamericana I*, México, FCE, 1995, p. 69.

Vidal M., Santiago, "Introducción a la Historia de las Ideas filosóficas en Chile en el siglo XIX". *Bibliografía de la filosofía en Chile desde el siglo XVI hasta 1980*, Barcelona, 1982, pp. 46-68.

Villalobos Claveria, Alejandro, "Algunos hitos de la Filosofía Colonial Chilena y Brasileña: Un análisis comparativo de su trayectoria entre los siglos XVI al XIX". *Cuadernos de Filosofía*, Vol. 16, Chile, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad de Concepción, 1998, pp. 313 -330.